

JUAN CARLOS LÁZARO

Luis Alberto de Cuenca
Real Academia de la Historia

He llegado a visitar el universo apacible y ausente de Juan Carlos Lázaro por el azar que contiene su apellido de resucitado evangélico, y la visita ha resultado tan provechosa como inútil, porque lo útil se sitúa en lo más profundo de la cadena axiológica, y la belleza, la serenidad y la compostura que definen la obra pictórica de Juan Carlos rebosan de inutilidad metafísica, que es el grado más alto al que puede acceder la creación artística y, en este caso, la pintura. Cuando vi por primera vez los cuadros de Juan Carlos Lázaro en su estudio de Leganés, me sentí como un *alter ego* del Petrarca que circulaba en un soneto de su *Canzoniere* por campos muy desiertos, cegado por la luz de sus propias meditaciones. Y pensé en la palabra que podía resumir la sensación que me produjo el primer contacto con las distintas metamorfosis del vacío que se alineaban ante mi vista. Y esa palabra no fue otra que ‘transparencia’. La pintura de Juan Carlos me transmitió lo que le transmitiera a Juan Ramón Jiménez la visión de su dios tembloroso sin corona, aquel que estaba permanentemente enredado con él “en lucha hermosa de amor, lo mismo que un fuego con su aire”. Lo que J. R. J., con su peculiar ortografía simplificadora, denominó en el poema más famoso de su libro *Dios deseado y deseante* “La transparencia, dios, la transparencia”. Detrás de aquellas piezas huérfanas de vajilla, como nuevos grial (en la estela del único Grial, el que José de Arimatea se llevó consigo a Britania para robustecer la ficción de la leyenda artúrica), yacía, desmayada, la palabra ‘transparencia’, a la espera del beso que el pincel del artista proyectara sobre su sombra. Vinieron luego a refugiarse en la paz de los cuadros de Lázaro vallas de cementerio con cipreses de guardia en su interior, lindes de propiedades rústicas que evocaban las de los predios menorquines o sardos, algún rostro humano de facciones inciertas y, por qué no, un antiguo azucarero de los que fingen sueños melancólicos desde la vitrina de vetustos aparadores provincianos. Pero seguía siendo ‘transparencia’ la palabra que emanaba de cada veladura, de cada insinuación, del misterio que brotaba de cada lienzo. Un misterio pacificador, dotado de una sonrisa arcaica que bordeaba el ensueño, límpido como el mundo en perpetua amanecida, como las frutas que ofrecen su color sin dejar de ser transparentes, con ecos de Chardin, de Zóbel, de Morandi, de Cristino de Vera, pero con la suprema originalidad que concede resistir los envites de la realidad desde la inexpugnable torre vacía de la transparencia.

Madrid, 1 de marzo de 2024